
ACTO IV

Una antesal

EL CONDE D'AUBESPINE, KENT y LEICESTER.

AUBESPINE.—¿Cómo está S. M.? Todavía, milores, me encuentro embargado por el horror. ¿Cómo ha sucedido esto? ¿Cómo, en medio del pueblo más fiel...?

LEICESTER.—El asesino no es inglés. Es un francés, un súbdito de vuestro Monarca.

AUBESPINE.—¡Sin duda un insensato!

KENT.—¡Un papista, Conde d'Aubespine!

ESCENA II.

Los mismos y BURLEIGH, en conversación con DAVISON

BURLEIGH.—Que se extienda al instante la orden de ejecución, y que se le ponga el sello. Cuando se haga, se llevará á la firma de la Reina. ¡Andad! No hay tiempo que perder.

DAVISON.—Se hará. (Vase.)

AUBESPINE. (Saliendo al encuentro de Burleigh.)—Milord, mi leal corazón comparte la justa alegría de esta isla. ¡Loado sea Dios, que ha apartado el puñal asesino de la cabeza de S. M.!

BURLEIGH.—Alabado sea, por haber confundido la maldad de nuestros enemigos.

AUBESPINE.—Castigue Dios al autor de tan criminal atentado.

BURLEIGH.—Al autor, y á su indigno instigador.

AUBESPINE. (A Kent.)—¿Agrada á V. E., lord mariscal, acompañarme á ver á S. M., para deponer humildemente á sus pies el testimonio de felicitación de mi señor y Rey?

BURLEIGH.—No os empenéis, Conde d'Aubespine...

AUBESPINE. (Con oficiosidad.)—Sé, lord Burleigh, cuál es mi deber.

BURLEIGH.—Vuestro deber es abandonar esta isla cuanto antes.

AUBESPINE. (Retrocediendo admirado.)—¿Cómo? ¿Qué decís?

BURLEIGH.—Vuestra misión sagrada os protege hoy; mañana no.

AUBESPINE.—¿Y cuál es mi delito?

BURLEIGH.—Si lo declaro, no puede perdonarse.

AUBESPINE.—Espero, milord, que el derecho de gentes...

BURLEIGH.—Ampara... no la alta traición.

LEICESTER Y KENT.—¡Ah! ¿Qué es esto?

AUBESPINE.—Milord; pensad que...

BURLEIGH.—Un pasaporte, escrito por vuestra mano, se ha encontrado en el bolsillo del criminal.

KENT.—¿Es posible?

AUBESPINE.—Firmo muchos pasaportes, pero no puedo leer en el corazón del hombre.

BURLEIGH.—El asesino confesó en vuestra casa.

AUBESPINE.—Mi casa está abierta...

BURLEIGH.—Para todos los enemigos de Inglaterra.

AUBESPINE.—¡Pido que se haga una información!

BURLEIGH.—¡Temedla!

AUBESPINE.—En mí es ultrajado mi Soberano, y romperá la alianza celebrada.

BURLEIGH.—La Reina la ha roto ya, é Inglaterra no se unirá con Francia. Milord Kent, os encargáis de custodiar al Conde hasta la mar. El pueblo, en rebelión, ha asaltado su domicilio, en donde se encontró un arsenal completo de armas; amenaza hacerlo pedazos si se presenta. Ocul-tadlo, pues, hasta que se calme su ira. Respondéis de sa vida.

AUBESPINE.—Me voy, y abandono este país, en donde se escarnece el derecho de gentes, y se burlan de los tratados... mi Rey tomará sangrienta venganza...

BURLEIGH.—¡Que venga á buscarla! (Vanse Kent y Aubespine.)

ESCENA III.

LEICESTER Y BURLEIGH.

LEICESTER.—Así desatáis otra vez los lazos, que anudasteis con tanto empeño por vuestra voluntad exclusiva. Poco, milord, os agradecerá Inglaterra el trabajo inútil que empleasteis.

BURLEIGH.—Mi objeto era loable. Dios ha dispuesto otra cosa. Dichoso aquel que no ha cometido yerro más grave.

LEICESTER.—Se conoce el aire misterioso de Cecil, cuando persigue un crimen contra el Estado... Ahora, milord, es el momento propicio para vos. Se ha cometido un crimen monstruos y velo del secreto envuelve todavía á sus autores. Se iniciará un proceso para averiguarlo. Se ex-

minarán palabras y gestos, y hasta los pensamientos se pesarán por la justicia. Sois en tales casos el hombre importante, el atlas del Estado, y toda Inglaterra descansa en vuestros hombros.

BURLEIGH.—Conozco, milord, que sois mi maestro. La victoria lograda por vuestra elocuencia es superior á todas las mías.

LEICESTER.—¿Qué queréis decir?

BURLEIGH.—¿No habéis sido, pues, quien, ignorándolo yo, os habéis dado traza de atraer á la Reina á Fotheringhay?

LEICESTER.—¿Ignorándolo vos? ¿Cuándo os he ocultado nada por miedo?

BURLEIGH.—¿No habéis llevado á la Reina á Fotheringhay? Pero no, Vos no la llevasteis... Fué la Reina tan complaciente que os llevó.

LEICESTER.—¿Qué os proponéis al decir eso, milord?

BURLEIGH.—¡Brillante papel habéis hecho representar á la Reina! ¡Glorioso triunfo le habéis preparado! ¡Y por fiarse de vos!... ¡Bondadosa Princesa! ¡Cuán descaradamente se han mofado de ti! ¡Cómo te han sacrificado sin misericordia!... ¿Es esta la magnanimidad y la dulzura, que invocasteis de repente en el Consejo? ¡He aquí por qué la Estuardo era una enemiga tan débil y despreciable, que no merecía la pena de mancharse con su sangre! ¡Plan hábil! ¡Donosa traza! ¡Lástima sólo que tan afilada punta se embotase!

LEICESTER.—¡Necio! ¡Seguidme inmediatamente! Me daréis satisfacción de vuestras palabras ante el trono de la Reina.

BURLEIGH.—Allí me encontraréis... y cuidad, milord, que no os falte allí vuestra elocuencia. (Vase.)

ESCENA IV.

LEICESTER solo, y luego MORTIMER.

LEICESTER.—Me han conocido; adivinaron mis propósitos... ¿Cómo ese desdichado ha seguido mis pasos? ¡Ay de mí, si tiene algunas pruebas! Si llega á saber la Reina que María y yo nos entendemos... ¡Dios mío! ¡Cuán culpable no he de parecerle! ¡Cuán falaz, cuán solapado no se juzgará mi consejo de llevarla á Fotheringhay! Creera que me he burlado horriblemente de ella, y que le he hecho traición por su odiada enemiga! ¡Oh! ¡Nunca, nunca lo perdonará! ¡Todo le parecerá premeditado, hasta el amargo giro de esta entrevista, y el triunfo, y la risa burlona de su rival! ¡Sí; hasta la mano misma del asesino, sangrienta y terrible, que un destino inesperado y cruel ha mezclado en todo esto, se estimará como obra mía! No veo medio alguno de salvación. ¡Ah! ¿Quién viene?

MORTIMER. (Que llega muy conmovido, y mira asustado alrededor.)—¿Conde Leicester! ¿Sois vos? ¿Estamos sin testigos?

LEICESTER.—¡Fuera de aquí, desventurado! ¿Qué buscáis?

MORTIMER.—Siguen nuestro rastro y el vuestro también. ¡Vivid alerta!

LEICESTER.—¡Fuera, fuera!

MORTIMER.—Se sabe que en la casa del Conde d'Aubespierre se ha celebrado un conciliábulo...

LEICESTER.—¿Y qué me importa?

MORTIMER.—Y han preso al asesino...

LEICESTER.—Es cuenta vuestra. ¡Qué temeridad! ¡Por

qué razón habéis de mezclarme en vuestros crímenes sangrientos? Defended vosotros solos vuestras acciones censurables.

MORTIMER.—Pero escuchadme siquiera.

LEICESTER. (Con profunda ira.)—Idos al infierno! ¿Por qué habéis de seguir todos mis pasos como un espíritu infernal? ¡Lejos de aquí! Yo no os conozco, ni tengo que ver nada con asesinos.

MORTIMER.—No queréis escucharme. Vengo á advertiros que también os han descubierto.

LEICESTER.—¡Ah!

MORTIMER.—El Gran Tesorero estuvo en Fotheringhay sin perder un instante, después de ese suceso malhadado; registraron escrupulosamente la habitación de la Reina, y encontraron en ella...

LEICESTER.—¿Cómo?

MORTIMER.—El principio de una carta, dirigida á vos.

LEICESTER.—¡Desventurada!

MORTIMER.—En la cual os exhorta á que cumpláis vuestra palabra; os promete de nuevo su mano; os recuerda el envío de su retrato...

LEICESTER.—¡Muerte y condenación!

MORTIMER.—Lord Burleigh la tiene en su poder.

LEICESTER.—¡Soy hombre perdido! (Paséase precipitadamente, lleno de angustia, mientras le habla Mortimer.)

MORTIMER.—¡Aprovechad la ocasión! ¡Prevenidla! ¡Salvaos y salvadla!... ¡Jurad que no sois culpable, inventad excusas, ahuyentad la más deplorable desgracia! Nada puedo hacer yo. Mis compañeros se han dispersado, y nuestra conjuración se ha disuelto. Yo me dirijo apresuradamente á Escocia para reunir allí nuevos amigos. Os toca ahora ensayar lo que puede vuestra influencia y vuestra osadía.

LEICESTER. (Que se detiene como si le ocurriera una idea re-

pentina.)—¡Así lo haré! (Vase hacia la puerta, la abre y grita.) ¡Hola, guardias! (Al oficial, que entra con hombres armados.) ¡Prended á este enemigo del Estado, y custodiadlo bien! ¡Se ha descubierto la conspiración más infame! ¡Yo mismo voy á anunciarlo á la Reina! (Vase.)

MORTIMER. (Que se queda al pronto estupefacto, reanimándose después, y mirando á Leicester con el mayor desprecio.)—¡Ah, infame!... ¡Y, sin embargo, lo merezco! ¿Quién me obligó á fiarme de un miserable? Huéllame ahora, porque mi ruina es su puente de salvación... ¡Sálvate, pues! Mis labios no te descubrirán, porque no quiero arrastrarte en mi caída. Ni para morir necesito tu ayuda. La vida es el único bien del malvado. (Al oficial de guardia, que se acerca para prenderlo.) ¿Qué te propones, vil esclavo, vendido á la tiranía? ¡Me burlo de tí, y soy libre! (Sacando un puñal.)

EL OFICIAL.—Está armado... ¡quitadle su puñal! (Lo rodean, y él se defiende.)

MORTIMER.—¡Y libre en mi último instante, abriré mi corazón y daré suelta á mi lengua! ¡Muerte y maldición sobre vosotros, traidores á vuestro Dios y á vuestra verdadera Reina! Desleales os separais de la María de la tierra y de la del cielo, y os vendéis á una Reina bastarda...

EL OFICIAL.—¿Oís sus blasfemias? ¡Ea! ¡Prendedlo ya!

MORTIMER.—¡Oh, amada mía! No he podido librarte, pero te probaré mi valor varonil. ¡Divina María, ruega por mí, y llámame á tu lado en el cielo! (Se hiere con su puñal, y cae en los brazos de los guardias.)

ESCENA V.

Aposento de la Reina.

ISABEL, con una carta en la mano, y BURLEIGH.

ISABEL.—¡Llevarme allí! ¡Burlarse así de mí! ¡Proporcionar á mi costa ese triunfo á mi rival! ¡Oh! ¡Jamás, oh Burleigh, se ha engañado tan infamemente á mujer alguna!

BURLEIGH.—Aun no he llegado á comprender cómo lo ha conseguido, qué artificios, qué poder mágico ha empleado para sorprender tan completamente la discreción de mi Reina.

ISABEL.—¡Oh! ¡Yo muero de vergüenza! ¡Cuánta mofa habrá hecho de mi debilidad! ¡Cree humillarla, y fui yo misma el blanco de su escarnio!

BURLEIGH.—Ahora estimaréis el valor de mis consejos.

ISABEL.—¡Oh! Cruel ha sido mi castigo por no haberlos seguido. Y ¿por qué no darle crédito? ¿Cómo ver en tan tiernos juramentos de amor un lazo pérfido? ¿De quién fiarme, si él me vende? ¿Cuándo yo lo he elevado sobre todos los grandes, el preferido por mí, y permitiéndole que en mi corte fuera el primero, casi un rey!

BURLEIGH.—¡Y, al mismo tiempo, os hacía traición por esa falsa Reina de Escocia!

ISABEL.—¡Oh! ¡Me lo pagará con su sangre!... Decidme, ¿la sentencia se ha extendido ya?

BURLEIGH.—Está preparada como ordenasteis.

ISABEL.—¡Ha de morir! ¡Él la verá sucumbir, y la seguirá después! Lo he arrancado de mi corazón. Desvaneciése mi amor, y queda sólo la venganza. ¡Que desde su altura sea

más profunda y vergonzosa su caída! ¡Que sea el símbolo de mi rigor, como lo ha sido de mi debilidad! ¡Que lo lleven á la Torre; elegiré los pares que han de juzgarlo! ¡Que se le apliquen las leyes más severas!

BURLEIGH.—Se dará traza de veros, y justificarse.

ISABEL.—¿Cómo se ha de justificar? ¿No lo condena esta carta? ¡Oh! Su delito es tan claro como la luz.

BURLEIGH.—Pero sois buena y compasiva. Su aspecto, el influjo de su presencia...

ISABEL.—No quiero verlo. No; ¡nunca más! ¡Habéis dado la orden de que se vuelva si viene?

BURLEIGH.—Así se ha ordenado.

UN PAJE. (Que entra.) — ¡Milord Leicester!

ISABEL.—¡Indigno! No quiero verlo. D-cidle que no quiero verlo.

EL PAJE.—No me atrevo á decírselo, y además no me creería.

ISABEL.—¿A tal punto le he engrandecido, que mi mismo servidor lo teme más que á mí?

BURLEIGH. (Al Paje.) — La Reina prohíbe que la vea. (El Paje se va vacilando.)

ISABEL. (Después de un momento de silencio.) — Pero si fuese eso posible... Si pudiera justificarse... Decidme, ¿no podría ser todo ello un lazo, tendido por María, para separarme de mi más fiel servidor? ¡Oh! Ella es una redomada maestra en intrigas. ¿Si habrá escrito sólo la carta para infundir en mi corazón ponzoñosa sospecha, y, porque lo aborrece, precipitarlo en la desdicha...?

BURLEIGH.—Pero reflexionad, señora...

ESCENA VI.

Los MISMOS, y LEICESTER.

LEICESTER. (Que abre con ímpetu la puerta, y entra con imperio.) Quiero yo saber quién es el desvergonzado que me cierra el aposento de mi Reina.

ISABEL.—¡Hola! ¡Atrevido!

LEICESTER.—¡Rechazarme á mí! Si está visible para un Burleigh, también lo está para mí.

BURLEIGH.—Sois bien osado para entrar aquí sin permiso.

LEICESTER.—Y vos muy temerario, milord, para hablar ahora aquí. ¡El permiso! ¡No faltaba más! Nadie hay en esta corte con facultades bastantes para conceder ó negar la entrada á lord Leicester. (Acercándose humildemente á Isabel.) Que oiga yo de los mismos labios de mi Reina...

ISABEL. (Sin mirarlo.)—¡Retiraos de mi vista, miserable!

LEICESTER.—Al oír estas palabras ásperas, no las atribuyo á mi bondadosa Isabel, sino al lord mi enemigo... Yo apelo de ellas á mi Isabel... ya que lo escucháis, igualadme á él.

ISABEL.—¡Hablad, infame! ¡Agravad vuestro delito! ¡Negadlo!

LEICESTER.—Que se vaya primero este importuno... Alejaos, milord... Para lo que he de hablar á la Reina, no necesito testigos. ¡Andad!

ISABEL. (A Burleigh.)—¡Quedaos! ¡Yo lo mando!

LEICESTER.—¿Qué necesidad hay de un tercero en discordia entre vos y yo? Me dirijo á mi adorada Reina... Ejercer los derechos, que me corresponden... ¡Y son dere-

chos sagrados! É insisto en ellos, para que milord se vaya.

ISABEL.—Os conviene, á fe mía, usar ese lenguaje orgulloso!

LEICESTER.—Sí, por Dios, porque soy el hombre afortunado á quien habéis concedido el privilegio insigne de vuestro favor, distinción que me enaltece sobre él y sobre todos. Vuestro corazón me ha dado ese alto rango, y lo que el amor me ha prestado, sabré ¡por el cielo! conservarlo á costa de mi vida... Bastanme sólo algunos instantes para que me entendáis.

ISABEL.—Esperais en vano engañarme con vuestras palabras astutas.

LEICESTER.—Os engañaría quizás ese retórico; pero yo hablaré á vuestro corazón, y cuanto me aventuré á hacer, confiado en vuestro favor, es solo suficiente para justificarme... El tribunal único, que ha de juzgarme, es vuestra inclinación.

ISABEL.—Desvergonzado! Justamente eso es lo que os condena primero... ¡Mostradle la carta, milord!

BURLEIGH.—¡Hela aquí!

LEICESTER. (Que la lee sin inmutarse.)—Es de puño y letra de la Estuardo.

ISABEL.—¡Leedla y llenaos de confusión!

LEICESTER. (Tranquilo, después de leerla.)—Las apariencias me condenan; pero ¿puedo acaso confiar en que no se me juzgue por ellas?

ISABEL.—¿Podéis negar que habéis tenido relaciones secretas con la Estuardo, que habéis recibido su retrato, y que le habéis dado esperanzas de libertarla?

LEICESTER.—Me sería fácil, si me creyera culpable, rechazar el testimonio de mi enemiga. Pero mi conciencia no me acusa, y confieso que ha escrito la verdad.

ISABEL.—¿Y entonces, desdichado...?

BURLEIGH.—¡El mismo se condena!

ISABEL.—¡Lejos de mí! ¡A la Torre... traidor!

LEICESTER.—No lo soy. He faltado, ocultándoos esto, pero mi propósito era loable, puesto que sólo tendía á averiguar cuáles eran las intenciones de vuestra enemiga; y á perderla de este modo.

ISABEL.—¡Triste derrota!

BURLEIGH.—¡Cómo, milord! ¡Creéis...

LEICESTER.—Mi juego ha sido arriesgado, constándome que solo el Conde de Leicester podría acometerlo en esta corte. Todo el mundo sabe que odio á la Estuardo. El rango que tengo, la confianza que la Reina me dispensa, han de desvanecer cualquiera duda sobre la rectitud de mi conducta. Bien podía el hombre distinguido entre todos por vuestro favor, distinguirse también por su osadía, y cumplir su deber.

BURLEIGH.—Pero ¿á qué callar, si vuestro designio era bueno?

LEICESTER.—Tenéis por costumbre, oh milord, hablar antes de obrar, y sois la campaña que anuncia vuestras propias acciones. Tal es vuestro hábito. El mío, al contrario, es obrar primero y hablar después.

BURLEIGH.—Y habláis ahora, porque la necesidad os obliga.

LEICESTER. (Mirándolo con desprecio y orgullo, de pies á cabeza.) —Y os alabáis de haber llevado á término una empresa maravillosa, de haber salvado á vuestra Reina, de haber desenmascarado la traición... Creéis saberlo todo, que nada escapa á vuestra vista perspicaz... ¡pobre fanfarrón! A pesar de vuestra vigilancia, hoy mismo estaría libre María Estuardo, si yo no lo impidiera.

BURLEIGH.—¿Hubieseis acaso...?

LEICESTER.—¡Yo, milord! La Reina se había fiado de Mortimer; le reveló su secreto, y tan lejos fué, que le confió una sangrienta comisión contra María, por haberla re-

chazado su tío con horror... Decid, ¿no es verdad? (La Reina y Burleigh se miran asombrados.)

BURLEIGH.—Y ¿cómo llegasteis á saber...?

LEICESTER.—Pero ¿no es así?... Ahora bien, milord: ¿en dónde estaban vuestros ojos de Argos, cuando no veáis que ese Mortimer os engañaba? ¿que era un papista fanático, instrumento de los Guisas, criatura de María Estuardo, entusiasta, osado y valiente, que había venido para libertarla, asesinar á la Reina...?

ISABEL. (Con la mayor sorpresa.)—¿Ese Mortimer...?

LEICESTER.—Era el intermediario entre María y yo, y lo conocí con este motivo. Hoy debía salir ella de su prisión á viva fuerza, según me ha dicho él mismo. Hice que lo prendieran, y desesperado, al considerar que encallaba en su empresa y que sería descubierto, se suicidó.

ISABEL.—¡Oh! Me han engañado de un modo inaudito... Ese Mortimer...

BURLEIGH.—Y eso ¿ha sucedido ahora? ¿poco después de separarnos?

LEICESTER.—Mucho he lamentado, por lo que me interesa, que haya muerto así. Su testimonio, en vida me exculparía por completo, y me libraría de toda sospecha. Por esta razón quería ponerlo en manos de la justicia. Un proceso, muy severo en sus trámites, hubiese demostrado mi inocencia ante todo el mundo.

BURLEIGH.—¿Decís que se suicidó? ¿Se mató con sus propias armas, ó lo matasteis vos?

LEICESTER.—¡Indigna sospecha! Que lo pregunten á los guardias, á quienes lo entregué. (Va á la puerta, y llama, y entra el Oficial.) Contad á S. M. lo que ha pasado con Mortimer.

EL OFICIAL.—Yo estaba de guardia en la antesala, cuando milord abrió las puertas de repente, y me mandó prender á un caballero, por delito de alta traición. Vimos-

lo después enfurecerse, sacar un puñal, y maldiciendo á la Reina horriblemente, y sin que pudiéramos evitarlo, atravesarse el pecho, y caer en tierra muerto...

LEICESTER.—¡Está bien! Podéis retiraros, caballero. Es lo que deseaba saber la Reina. (Vase el Oficial.)

ISABEL.—¡Oh! ¡qué horroroso abismo!

LEICESTER.—¿Quién ha sido, pues, vuestro salvador? ¿Milord Burleigh? ¿Conocía siquiera el peligro que os amenazaba? ¿Lo ha apartado de vuestra cabeza?... ¡Vuestro fiel Leicester ha sido vuestro ángel de la guarda!

BURLEIGH.—Conde: ese Mortimer ha muerto muy oportunamente para vos.

ISABEL.—No sé qué decir. Os creo, y no os creo. Os considero como culpable y como inocente. ¡Oh mujer odiosa que me traes tantos sinsabores!

LEICESTER.—¡Es preciso que muera! Ahora pido yo mismo su muerte. Os aconsejé que suspendieseis la ejecución de la sentencia, hasta que se levantase en su ayuda un nuevo defensor. Ya llegó el momento... é insisto en que su suplicio se ejecute sin tardanza.

BURLEIGH.—¿Y vos lo aconsejáis? ¿Vos?

LEICESTER.—Por mucho que me repugne apelar á esos extremos, entiendo y juzgo que el bien de la Reina exige ese sacrificio cruento. Propongo, por tanto, que la orden para la ejecución se expida inmediatamente.

BURLEIGH. (A la Reina.)—Ya que milord se expresa tan leal y formalmente, opino que él se encargue del cumplimiento de la sentencia.

LEICESTER.—¿Yo?

BURLEIGH.—¡Vos! No hay mejor medio de disipar las sospechas, que pesan sobre vuestra conducta, que vos mismo decapitéis á la que se os acusa de amar.

ISABEL. (Mirando fijamente á Leicester.)—El consejo de milord me agrada. ¡Que sea así, y no hablemos más!

LEICESTER.—La alteza de mi rango debiera eximirme de tan triste comisión... á todas luces más á propósito para un Burleigh que para mí. El que tan cerca se halla de la Reina, nunca debiera ser causante de desdichas. Sin embargo, para probar mi celo y contentar á mi Soberana, renuncio á las prerrogativas que corresponden á mi posición, y acepto ese odioso encargo.

ISABEL.—Lord Burleigh lo desempeñará también con vos. (A Burleigh.) Cuidad de que la orden se cumpla inmediatamente. (Vase Burleigh; óyese fuera tumulto.)

ESCENA VII.

LOS MISMOS, y el CONDE DE KENT

ISABEL.—¿Qué sucede, milord de Kent? ¿Qué sedición esculla en la ciudad?... ¿Qué es?

KENT.—Es el pueblo, oh Reina, que rodea al palacio. Pide á voces veros.

ISABEL.—Y ¿qué desea mi pueblo?

KENT.—Ha circulado en Londres el rumor horrible de que vuestra vida está en peligro, y que os amenazan asesinos, enviados por el Papa; que los católicos se han conjurado para sacar por fuerza á la Estuardo de la cárcel, y proclamarla reina. El populacho lo cree, y está furioso. Sólo la decapitación de la Estuardo, que ha de ejecutarse hoy, podrá calmarlo.

ISABEL.—¿Qué decis? ¿Intentarán obligarme á ello?

KENT.—Están resueltos á no retirarse hasta que hayáis firmado la sentencia.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, y BURLEIGH y DAVISON, con un escrito.

ISABEL. — ¿Qué traéis, Davison?

DAVISON (Acercándose con gravedad).— Habéis ordenado, oh Reina .

ISABEL. — ¿Qué es esto? (Al tomar el escrito, tiembla y retrocede.) ¡Oh, Dios mío!

BURLEIGH.— Obedeced á la voz del pueblo, que es la voz de Dios.

ISABEL. (Vacitante, y en lucha consigo misma).— ¡Oh, lores míos! ¿Quién sera capaz de decirme, si la voz, que oigo, es la de todo mi pueblo, la voz del mundo? ¡Ah! ¡Cuánto temo, si obedezco á la voz de la muchedumbre, oir otra voz más espantosa, muy diversa... sí; que los mismos que ahora me obligan á la fuerza á ejecutar una acción, sean, después de consumada, los más severos en censurarla!

ESCENA IX.

LOS MISMOS, y el CONDE DE SHREWSBURY.

SHREWSBURY. (Que se presenta muy agitado).— Intentan precipitarlo, oh Reina! ¡Resistid, resistid con firmeza! (Al ver á Davison con el escrito.) ¿Pero se ha hecho ya? ¿Es cierto? Observo un malhadado papel en esas manos. No conviene presentarlo ahora á la vista de nuestra Soberana.

ISABEL.— ¡Me hacen violencia, oh noble Shrewsbury!

SHREWSBURY. — ¿Cómo ha de ser eso posible? Sois nuestra Reina, y esta es ocasión de demostrar vuestro poder. Imponed silencio á esas voces bárbaras, que osan forzar vuestra regia voluntad, y sobreponerse á vuestro juicio. El miedo, la ciega insensatez mueven al pueblo, y Vuestra Majestad misma esta fuera de sí, vivamente irritada, porque sois mortal al cabo, y no podéis juzgar ahora con libertad.

BURLEIGH.— La sentencia se ha pronunciado largo tiempo hace. No se trata ya de decretar ninguna sentencia, sino de ejecutarla.

KENT. (Que se ha alejado al entrar Shrewsbury, y que vuelve).— El motín crece, y no se podrá contener.

ISABEL. (A Shrewsbury).— ¿Veis cómo me obligan?

SHREWSBURY.— Sólo pido un plazo. Esa plumada decide de vuestra paz y de vuestra vida. Después de reflexionarlo tanto años, ¿ha de arrastraros un momento de ceguedad? ¡Sólo un corto plazo! Reanimaos, y aguardad otra hora más tranquila.

BURLEIGH. (Conmovido).— Esperad, dilatado, diferidlo, hasta que arda todo el reino, hasta que vuestra enemiga prospere y realice su proyectado asesinato. Por tres veces os ha salvado la mano del Altísimo. Hoy mismo ha estado cerca de vos; pero esperar otro milagro más, es tentar al Hacedor.

SHREWSBURY.— El Dios, que os ha salvado cuatro veces maravillosamente, el que hoy infundió vigor bastante en el brazo de un débil anciano para vencer á un furioso... ¡merece confianza! No quiero invocar en voz alta los fueros de la justicia, porque no es ésta la ocasión, y las circunstancias extraordinarias, que os rodean, no os permiten escucharla. Pero oid sólo esto. Tembláis ahora ante esa María con vida. No hay que temerla viva. La temible será la muerta, la decapitada. Se alzaré de su sepulcro, nueva

Diosa de la discordia, y como espíritu de venganza recorrerá vuestros dominios, y apartará de su Reina el corazón del pueblo. El inglés odia ahora á esa mujer, á quien teme, y la vengará cuando ya no exista. No será ya para él la enemiga de su religión, sino sólo la hija de sus soberanos, la víctima del odio y de los celos, y entonces la llorará, en vez de condenarla. Pronto observaréis el cambio. Recorred á Londres, después que se ejecute ese sangriento suplicio; mostraos al pueblo, que antes se deshacía en vitores al veros, y contemplaréis otra Inglaterra, otro pueblo distinto, que no os mirará ya rodeada de esa suprema justicia que gana todos los corazones. El miedo, el horrible compañero de la tiranía, os precederá, y dejará desiertas las calles. Habréis llegado á lo último, al extremo más inaudito. ¿Qué cabeza se creará segura, si cae esa sagrada?

ISABEL.—¡Ay de mí, Shrewsbury! Hoy me habéis salvado la vida, librándome del puñal del asesino... ¿Por qué lo hicisteis? Así habría terminado mi carrera; y no culpable, y al abrigo de toda duda, descansaría tranquila en mi tumba. ¡Harta estoy ya, en verdad, de la vida y del reino! Si una de las dos Reinas ha de perecer, para que la otra exista... y confieso que no es posible otra cosa... ¿por qué no he de ser yo la que ceda el puesto? Mi pueblo puede elegir, porque yo le devuelvo sus poderes. Dios es testigo de que no he vivido para mí, sino sólo para hacer la dicha de mis súbditos. Si aguarda días más felices de esa seductora Estuardo, de esa Reina joven, bajo contenta del trono, y regreso á mi antiguo retiro de Woodstock, en donde pasé mi juventud sin pretensiones, y en donde, lejos del bullicio de las grandezas mundales, encontraba en mí misma cuanto deseaba... No sirvo para Reina. El Monarca ha de tener un corazón duro, y el mío no lo es. Largo tiempo he gobernado esta Isla con fortuna, porque sólo dispensaba

el bien. Por primera vez he de cumplir un deber riguroso, y conozco mi impotencia...

BURLEIGH. — Cuando yo, ¡por vida de Dios! me veo obligado á oír de los labios de mi Reina palabras tan impropias de su supremo rango, haría traición á mi conciencia, y también á mi patria, si callara... Decís que amáis á vuestro pueblo más que á vos misma. ¡Probadlo, pues! No busquéis vuestra tranquilidad personal, abandonando el reino á terribles borrascas... ¡Pensad en la Iglesia! ¿Volverán con esa Estuardo las añejas supersticiones? ¿Reinarán de nuevo los frailes, y vendrá el legado de Roma para cerrar nuestros templos y destronar nuestros Reyes?... Os hago responsable de la paz de todos vuestros súbditos... Según sea vuestra conducta, se salvarán ó se perderán. No es ésta ocasión de hacer alarde de compasión mujeril, porque el bienestar de vuestro pueblo es vuestro más sagrado deber. Si Shrewsbury os ha librado de la muerte, yo quiero libertar á Inglaterra... ¡Esto vale más!

ISABEL. — Dejadme entregada á mí misma. Los hombres no aconsejan ni consuelan en estos momentos críticos. Los someto al Juez Supremo. Haré lo que me inspire. ¡Alejaos, milores! (A Davison.) Vos, caballero, quedaos á mi alcance. (Vanse los lores: solo Shrewsbury permanece algunos instantes ante la Reina, mirándola con intención, y después se retira lentamente, presa del más acerbo dolor.)

ESCENA X.

ISABEL, sola.

ISABEL.—¡Oh esclavitud popular! ¡Vergonzosa servidumbre!... ¡Cuán harta estoy de adular á ese ídolo, que desprecio en mi interior! ¿Cuándo me veré libre en este